

ros, que habíanse despojado de las "capas y aparecían ahora vestidos de arrieres.

Apenas penetraron, dividiéronse los agresores en dos bandos iguales, uno de los cuales atacó al veterano y al sargento el otro.

— ¡Santo Dios! — exclamó Cocardasse, así que vió de lo que se trataba. — ¡Quieren asesinarlos al chiquillo y á mí!...

Petronila, hermosa mía — añadió desenvainando su larga espada — aquí tienes tarea.

Y poniéndose inmediatamente en guardia, se colocó junto al sargento, quien también había echado pronto mano á la espada.

IV

UN BUEN TIRADOR

Pero, antes de proseguir, tenemos que remontarnos á una media hora antes de esa escena, es decir, al momento en que los soldados se ponían á la mesa.

En aquel instante, un hombre que llevaba dos ó tres minutos rodando alrededor de la hostería, se decidía á entrar en ella y á reunirse á los parroquianos á quienes Cocardasse había llamado « *gentuza* », que, por otra parte, eran los únicos que quedaban en la sala.

Dicho hombre ostentaba el uniforme de las compañías francas alemanas.

— ¿Y tu individuo, Matías?... ¿Has acabado con él? — preguntó á Knauss, en lengua germana uno de los consumidores, que parecía tener cierta prioridad sobre sus compañeros.

— Desgraciadamente, no — contestó en el mismo idioma el interpelado.

— ¡Ah!

— No he hecho más que herirlo ligeramente.

— ¿Luego se ha defendido?

— Ni siquiera me ha visto.

— Entonces ¿habrás sido muy torpe?

— He hecho todo cuanto he podido; pero la casualidad me ha contrariado.

— ¿La casualidad?

— Sí, ahora verás cómo, Hermann.

Sabiendo que iba de caza, le seguí la pista desde el campamento y conseguí, sin que él sospechase mi presencia, penetrar con él en el bosque de robles, situado aquí cerca, al borde de la carretera.

El día, que iba terminándose, cubría mi marcha de una sombra protectora y me permitía disminuir poco á poco la distancia que nos separaba.

De repente, se detuvo, y casi sin apuntar, disparó contra una liebre que había á diez pasos de él.

Ahora es la ocasión, me dije al verle dirigirse hacia la liebre que yacía en el suelo; mientras él esté ocupado en levantarla y mirarla, como hace todo cazador con los animales que mata, me acercaré cautelosamente, y en cuanto lo tenga á mi alcance, le clavaré el puñal entre los hombros.

Ya había yo sacado mi arma de su vaina y me disponía á acercarme, en el preciso momento en que él iba á recoger la caza, cuando apareció un hombre que, saliendo no sé de dónde, le previno y quiso apoderarse de la liebre.

Buena Espada reclama, el otro hace lo mismo, soste-

niendo que él es quien la ha matado, y empiezan á discutir para saber á quién pertenece el cadáver.

Eso duró un buen rato, y hasta empezaron á tirar eligiendo por blanco varios objetos, para probar su puntería, y, finalmente, no acabando de entenderse, decidieron zanjar la cuestión á primera sangre.

Y acto seguido, empiezan á esgrimir á cual mejor.

Esta circunstancia estropeaba mi plan; puesto que al tratar de deslizarme tras el sargento, corría el peligro de que me viera su adversario que, como es natural, le hacía frente.

No obstante, como la oscuridad me ayudaba, resolví intentar la aventura á pesar de todo.

Para lo cual, dejé que los dos hombres se embebecieran bien en el combate, y, cuando creí que podía acercarme sin temor, me fui hacia ellos, oculto entre las hierbas.

Cuando llegué á su lado, escondido tras una mata de helechos, tomé cuidadosamente mis medidas y luego, de un salto, me lancé hacia delante, levanté el brazo y herí.

Había apuntado entre los dos hombros, á raíz del cuello; pero, en el mismo momento en que mi brazo descendía, tiróse él á fondo, esto es, se escapó de mi arma, y ésta sólo pudo herirle en la parte inferior del hombro, sin penetrar apenas en la carne.

Fracasado el golpe, no me quedaba más que huir, lo cual hice con toda la velocidad posible.

Entonces traté de buscar medio de reparar mi torpeza ó, mejor, mi mala suerte, y el resultado de mis

30141

reflexiones fué que ese medio era recurrir á vosotros.

Sali del bosque para venir á buscaros y procurar tenderle una emboscada antes de que llegase al campamento; pero, al volver yo el recodo de la carretera, le vi en compañía de ese soldado, que empujaba la puerta de la hostería... en donde acaba de entrar con él, no hace cinco minutos.

— ¡Bah! — exclamó el á quien Matias Knauss llamaba Hermann — ¿es uno de esos dos que están en la sala?

— Sí, el más joven.

— En ese caso, nada se ha perdido, viene á hacerse cazar él mismo.

— Evidentemente, lo que simplifica mucho nuestra tarea. Pero, como es de creer que su compañero no lo abandone, habrá que trabajar doble.

— ¡Pues se trabajará doble! ¡Tendría que ver que entre ocho no pudiéramos dar cuenta de ese niño y de ese viejo!

— No hay que fiarse mucho, pues el viejo tiene buena mano, y no es de despreciar, según he podido ver en su asalto con el sargento.

En cuanto al otro, como ya he tenido que vérmelas con él tres veces, sé á qué atenerme.

Es un demonio, y si bien puede atacarle uno solo por detrás, para hacerle frente se necesitan varios.

— ¡Bah!

— Si; y por eso os he apostado aquí, para cogerle de frente en caso de que yo no pudiera.

— ¡Ya estamos listos! ¿Empezamos la danza?

— No; todavía no.

Según he podido ver desde fuera, mirando por encima de las paredes del patio, están hablando y bebiendo.

Dejémoslos beber, que cuando el vino les haya subido á la cabeza, conseguiremos más fácilmente nuestro objeto.

— Es que también van á cenar; han dado la liebre para que se la guisen y no tardarán en servírsela; eso impedirá tal vez el efecto de la bebida.

— Al contrario, los hará más pesados. Tengamos, pues, paciencia, hasta que estén en la digestión.

— Como quieras, Matias.

— Procederemos del siguiente modo: en cuanto estemos frente á ellos, nos dividimos en dos grupos; el uno, mandado por ti, Hermann, se encargará del viejo; el otro, á cuya cabeza me pondré yo, matará al sargento.

Y una vez que os desembaracéis de vuestro hombre, lo que no os exigirá mucho tiempo, os uniréis á nosotros, para acabar más pronto con el nuestro, que nos ha de dar mucho trabajo.

— Comprendido.

Y tras esto, los arrieros empezaron á beber gran cantidad de fero, esperando que Matias los llamase.

Este último, después de dejar pasar media hora próximamente, pensando que se acercaba el momento de obrar, aproximóse á la puerta de la sala reservada y, á través del ojo de la cerradura, vió á los dos soldados que acababan de terminar su comida.

Y hasta recogió las primeras palabras de la historia que empezaba á contar el sargento.

Entonces fué cuando, haciendo una seña á sus acólitos, apareció con ellos en el umbral de la puerta, mientras el hostelero y la criada, aterrorizados por lo que veían, iban á esconderse al fondo de la bodega.

Como se ha visto, Cocardasse y el joven tenían que entendedérselas con cuatro miserables, dirigidos los que atacaban á éste, por Matías Knauss.

Al verlos venir, la espada de Felipe se desenvainó por sí sola.

Recibió el ataque atacando él mismo y fué tan impetuoso su primer movimiento, que los agresores retrocedieron varios pasos.

Pero en seguida volvieron á la carga y produjose entonces un continuo choque de aceros mezclado con chispas que sin cesar salían de los estoques.

El arma del guardia francés parecía un hada; maniobraba como si la esgrimiesen diez brazos.

Pasó un minuto sin que corriese sangre.

Pero, de repente, resonó un grito de angustia acompañado de la caída de un cuerpo al suelo.

Uno de los arrieros acababa de ser herido en la frente.

— ¡Ya va uno!... exclamó el joven.

— ¡Ojo! ya no quedamos más que tres — dijo Matías. — Cuidado, compañeros; atacadle por el costado, que yo lo haré de frente.

Los dos hombres obedecieron y colocáronse á derecha é izquierda del sargento.

Y es probable que lo hubieran rodeado si hubiesen podido; pero Felipe había tenido la precaución de recostarse contra la pared, lo cual se lo impedía.

Mas esa posición érale sumamente dificultosa; pues para parar las armas de sus enemigos tenía que describir con la suya un arco de amplitud extremada y desplegar doble vigor.

De todos modos, era tan ágil y poseía tan á fondo la ciencia de la esgrima, que adivinaba, por decirlo así, los ataques, vinieran de donde viniesen, y estaba siempre pronto al quite.

— ¡Cobardes! — les gritó. — ¡No os atrevéis á asesinarme de frente!

— Se hace lo que se puede — dijo con sorna Matías.

El que más trabajo le daba era el adversario de la izquierda, pues su defensa era forzosamente más débil por aquel lado.

Así es que decidió acabar con él en seguida.

Aparentando no cuidarse de él, pareció fijarse sólo en los otros dos.

Pero en el momento en que el arriero, queriendo aprovecharse de lo que él creía un instante de olvido, iba á atravesarlo con su estoque, dió Felipe una vuelta rápida y, antes de que el otro pudiera defenderse, clavóle furiosamente la espada entre los dos ojos, enviándole á rodar inanimado por el suelo.

— ¡Ya van dos!... — dijo.

— ¡Caracoles! — gritó Cocardasse, sin abandonar el ataque. — Buena Espada te da una lección, Petronila; ¡ea! no seas perezosa.

Knauss empezó á jurar y lanzó miradas ansiosas á los que atacaban al veterano, para ver si podría esperar algún auxilio de ellos.

Pero el soldado se defendía también con habilidad, y no les daba punto de reposo.

No procedía del mismo modo que el sargento.

Con las piernas apartadas á la distancia reglamentaria, el torso recto y desvanecido en la posición académica, como un maestro de armas que estuviera dando una lección, sostenía el asalto con perfecta calma.

Y no tardó en hacer rodar á uno por el suelo, si bien no empleó la espada para ello.

El á quien Knauss había llamado Hermann, dejó escapar su arma, y al bajarse precipitadamente para recogerla, puso, sin darse cuenta, su cabeza, al alcance de la pierna derecha de Cocardasse.

El veterano tuvo entonces una inspiración repentina.

Levantando bruscamente el pie á la altura del cráneo del teutón, le dió tan formidable taconazo con su pesada bota, que el miserable cayó al suelo con la cabeza destrozada.

Esa maniobra fué ejecutada con tanta rapidez, que los otros no pudieron preverla ni impedirla.

— ¡Ya va uno! — dijo Cocardasse á su vez.

Y añadió:

— ¿Á quien le toca?

— ¡Á mí!... ¡Socorro!... ¡ó estoy perdido! — exclamó de repente Matías.

Quedaba solo ante Felipe, cuya espada, todavía brillante, excepto en la punta, que apenas tenía una ó dos líneas de sangre, acababa de atravesar el cráneo de otro bandido.

Los arrieros abandonaron á Cocardasse y se lanzaron á ayudar á Knauss.

Llegaron á tiempo.

El miserable, lleno de pánico, sólo se defendía ya instintivamente, y los otros llegaron justamente para parar la estocada que le iba dirigida.

Estupefacto y muy contrariado por el poco caso que parecían hacerle, Cocardasse acudió al lado del sargento, y continuó encarnizada lucha entre los dos soldados y tres de los alemanes.

Matías se había apartado prudentemente detrás de sus hombres y ahora se limitaba á estimularlos con palabras, no atreviéndose á entrar en línea de combate.

El inesperado refuerzo no asustó al sargento.

Como la primera vez, arrojóse contra los bandidos haciéndolos retroceder.

Mas, por desgracia, enganchada su espada en el pomo de la de un arriero, hizo Felipe tan fuerte movimiento para sacarla, que ésta se partió en dos, dejándole sólo en la mano un pedazo de algunas pulgadas.

Retrocedió, sonrojándose al verse indefenso.

— ¡Desarmado! — gritó Matías triunfante. — ¡Ya es nuestro!... ¡Á Buena Espada, amigos!

Y no teniendo ya nada que temer, acercóse para tomar parte en el asesinato del joven.

Cocardasse quiso colocarse ante el sargento para protegerlo; pero se lo impidió un alemán cerrándole el paso y obligándole á defenderse, mientras que los otros atacaban al compañero.

Felipe se vió perdido.

Sin embargo, resolvió luchar hasta el último momento. Empuñó con ambas manos dos de las espadas que lo amenazaban y las manejó de modo á formarse con ellas un escudo contra la tercera, que era la de Knauss y le buscaba la garganta.

Todavía le quedaba la esperanza de que Cocardasse consiguiese desembarazarse pronto de su hombre, para poderle pasar su espada, que le devolvería en seguida todas las ventajas.

Pero, ¿podría resistir lo bastante para que se realizase tal esperanza?

Además, la herida, que se le había inflamado durante la acción, causábale atroces dolores.

Medio minuto... ¡ un siglo ! pasó en tan terrible ansiedad.

Y el veterano continuaba teniendo que defenderse.

Á pesar de su vigor, Felipe notaba que le invadía el cansancio, y sus dedos, en los que penetraba el filo de las hojas, iban abriéndose gradualmente.

Furioso Knauss por tan desesperada resistencia, y temiendo que se volviese contra él, resolvió poner fin por una de esas tretas que le eran familiares.

Apartándose del grupo, bajóse despacito, arrastrándose, á favor de la oscuridad, hasta detrás del joven, y, sacando el puñal, apuntó á su víctima.

Ya iba casi á hundirle el arma y era inminente la muerte del sargento, cuando, en el mismo momento, resonó un grito en la sala, seguido del nombre « ¡ Felipe ! », pronunciado con indecible acento de terror.

Al mismo tiempo, á pocos pasos de los combatientes, al pie de la escalera que conducía al piso superior, surgía una mujer, una joven que, apenas vestida, con el cabello en desorden, extraviados los ojos y convulsas de espanto las facciones, señalaba con su desnudo brazo, proyectado en la dirección del sargento, al miserable dispuesto á asesinarle.

Tan extraña aparición produjo tal efecto en todos los asistentes que cada uno se quedó como clavado en la posición en que se encontraba.

Pero el sargento, recobrando antes que nadie su presencia de ánimo; y entendiendo la seña de la joven, dió un gran salto de lado, para ponerse fuera del alcance del traidor, á quien adivinaba.

Luego, con el corazón cerrado á toda compasión, recogió con la velocidad del relámpago la espada de uno de los muertos, y antes de que el miserable pudiera levantarse, lo atravesó de parte á parte.

Al instante, animado de nuevo ardor, volvió contra sus dos últimos agresores y no tardó en hacerles sufrir la suerte de sus compañeros.

Parecía que sus fuerzas se decuplicaban de repente.

Y cuando de nuevo miró al lugar en que había aparecido la joven, en quien había reconocido á la señorita de Chaverny, su vista halló el vacío, y en vano buscaron sus ojos por todas partes...

Cual genio bienhechor, habíasele aparecido para salvarlo, luego, una vez cumplido su cometido, desapareció como una visión.

En tanto que meditaba sobre esos acontecimientos

que hacían nacer en él las más variadas ideas, Cocardasse, que por fin había conseguido enviar á mejor vida á su arriero, tocóle en el hombro, preguntándole :

— ¿ En qué piensa usted, amigo ?

Sacado el joven de sus reflexiones, volvióse hacia el viejo soldado y le respondió :

— En muchas cosas... pero serían muy largas de explicar.

Pero dígame : ¿ era la señorita de Chaverny la que estaba ahí, hace un momento ?

— Sí, era la hija del marqués. Por cierto que me ha extrañado mucho su presencia entre nosotros.

— ¡ Por lo tanto, á ella debo no haber sido cobardemente asesinado por ese miserable ! — dijo como aparte el sargento.

— Indudablemente, he visto todo de reojo, y la verdad, no pudo ella llegar más á tiempo... Pero, ¿ por qué casualidad ha venido de ese modo ! Juraría que adivinó que necesitaba usted su auxilio.

— Sí, ¿ por qué casualidad ? — repetió Buena Espada, que no se atrevía á creer en lo que le decía una voz interior.

— Además, ha pronunciado su nombre.

— Verdad es... ha pronunciado mi nombre.

— Como si le conociera á usted hace mucho. Esto es sumamente raro — observó el soldado con una sonrisa ligeramente burlona que indicaba que tal vez no le fuera difícil hallar la clave del enigma.

El sargento, que notó la sonrisa y comprendió la indirecta, se puso colorado como una niña.

Sin embargo, como no quería dejar á Cocardasse que siguiera en la vía de insinuaciones, apresuróse á cambiar de conservación.

— Si quiere hacerme caso, veterano — no nos cuide-
mos más — á lo menos por ahora — de tan singular
incidente que no comprendemos, y volvamos al campa-
mento...

¿ Quiere usted pagar el gasto ? — añadió dando á
Cocardasse la única moneda de plata que llevaba en
el bolsillo.

El soldado comprendió la reserva del joven y no
quiso insistir.

— Tiene usted razón, muchacho, volvámonos al
campamento. Además, ya que no hay más que beber
ni que batirse, nada tenemos que hacer aquí.

Pasaron á la primera sala, donde no vieron á
nadie.

— ¿ Dónde está usted, Picavez, para pagarle lo que
debemos ? — gritó el gascón.

— Aquí me tienen, señores — contestó el hostelero
que, ante el llamamiento y no oyendo ya tumulto
alguno, decidióse á subir de la bodega, acompañado de
la criada.

— ¿ Estaba usted como los topos eh ? — continuó el
soldado. — Me alegre ver un bicho de su especie. ¿ Es
el faro lo que le da tanto valor ?

— Me deben ustedes un escudito — limitóse á decir
Picavez, sin dar por entendido el apóstrofe del soldado.

— Téngalo — dijo Cocardasse — y como propina, le
damos abonos para su cebada.

Vaya á ver en la otra sala el buen regalo que le hacemos; ahí encontrará ocho teutones que tardarán mucho tiempo en volver á beber cerveza.

Y volviéndose hacia el sargento :

— Ahora, en marcha, compañero; es tarde, y tenemos mucho que andar antes de llegar al campamento.

Una vez que se hubieron marchado los dos soldados, Picavez y la sirvienta asomáronse á la puerta de la sala en que se había verificado el combate y la dirigieron tímidas miradas.

Los cuerpos de los arrieros yacían, ya rígidos, en el suelo.

Maquinalmente, el hostelero los contó.

— ¡Caramba! ¡no hay más que siete! — dijo con extrañeza.

— Se habrá olvidado de alguno... Esos señores han dicho ocho — observó la criada, llena de admiración por los autores de aquella matanza.

Y los contó ella misma.

— ¡Pues es verdad! — dijo; — no hay más que siete. De pronto, el hostelero tuvo un escalofrío de horror.

— ¿No oyes nada, Brigida? — preguntó.

— No. ¿Qué quiere usted que oiga?

— Parece que andan en el patio...

— ¿Crée usted?

— Sí... como si trepasen al muro.

— Debe de equivocarse... Además, vaya á verlo.

— Ven conmigo.

— Bueno.

Provisto de una tea, el posadero y Brigida llegaron al

lugar sospechoso, ambos temblando, explorando detenidamente el patio, que, como recordamos, era pequeño y de paredes bajitas; pero no descubrieron nada.

Tranquilizados y riéndose de su miedo, disponíanse á entrar, cuando la luz de la tea les hizo ver una línea roja que, partiendo de la ventana, llegaba al pie de una de las paredes, subiendo hasta la cima de ésta.

Un rápido examen les hizo conocer que era sangre húmeda aún.

Entonces comprendieron por qué no había más que siete cadáveres en la sala.

Uno de los arrieros, en vez de sufrir la suerte de sus cómplices, que murieron en el acto, sólo había sido herido, y al oír la marcha de los soldados, huyó por el patio, escalando sus tapias.

— ¡Mejor! — exclamó Picavez. — ¡Que vaya el miserable á dejarse ahorcar fuera de mi casa!

En cuanto á los otros, me arreglaré para que sean enterrados en mi campo de cebada.

Como dijo el soldado viejo, esto servirá de abono... Y así me desquitaré del faro que han bebido todo el día sin pagar.

Ahora, creemos conveniente hacer saber lo que condujo á la señorita de Chaverny á presentarse inopinadamente en la escena del drama.

Desde su encuentro con el sargento, la imagen de éste quedó profundamente grabada en su imaginación.

Era la primera vez que la vista de un hombre produjo en ella gran impresión.

Además, el nombre de « Felipe » acudía constante-

mente á su memoria y dejaba que lo murmurasen sus labios para coger mejor la consonancia, que se le antojaba tener infinita dulzura.

Por otra parte, ese nombre le recordaba un pobre niño que ella había conocido de pequeña, el hijo de la condesa Aurora de Lagardère.

Dos años antes, había vuelto á ver á dicho niño ; pero entonces estaba en un ataúd.

Y, sin saber por qué, al solo nombre de Felipe su corazón confundía dos seres : el pequeño desaparecido y el hermoso sargento.

Cuando empieza á hablar un corazón de diez y siete años, ¡adiós reposo y sueño!

Y así se hubiera pasado á gusto la noche escuchando las cosas que su corazón le decía, á no ser porque un ruido de choque de espadas atacó repentinamente sus oídos.

Espantada, había escuchado, y, presa de una inquietud cuya causa no se explicaba, levantóse, envuelta á toda prisa en una manta, y, saliendo de su cuarto con precaución, dirigióse hacia el sitio de donde el ruido procedía.

Guiábala una fuerza irresistible.

Después de seguir un largo pasillo que daba la vuelta á todo el interior de la hostería, llegó á una escalera, bajó por ella, y cayó, por decirlo así, en medio de los combatientes.

Su llegada se efectuó en el mismo momento en que Matías Kuauss se disponía á asesinar por detrás al sargento.

Entonces, viendo la inminencia del peligro que corría el á quien ya amaba ella, no encontró más que una palabra que decirle... su nombre.

Pero, comprendiendo al instante lo extraño de su conducta, huyó precipitadamente y llegó á su cama, en la que se arrojó desesperada.

El marqués y la marquesa, que ocupaban un cuarto contiguo al suyo, continuaron durmiendo apaciblemente, sin tener la menor sospecha de la escapatoria nocturna de su hija.